

De la milicia, de campo y de ciudad

Jorge López Páez

a: Clementina Díaz y de Ovando

I. De la milicia

—Josafat es mi amigo. Siempre ha sido mi amigo. El y yo hemos hecho muchas cosas juntos: trabajos, comisiones...

Ignacio dio por terminada la explicación, que por cierto no se le había pedido, y en un tono como si invitara, que no de pedir permiso, agregó: "Sería bueno que nos tomáramos otra copa de tequila."

Todos aceptamos. Raúl, el compañero de trabajo de Ignacio, dijo: "Nachito siempre se toma sus copitas de tequila los sábados", lo expresó rápidamente, sus ojos llenos de malicia.

—Más bien que los sábados, lo hago los domingos a mediodía —corrigió Ignacio—, y debo decirte Raúl, y más que decirte, pedirte que no me digas Nachito en la oficina. Aquí en el restaurante no me importa. Yo me llamo Ignacio Fernández Aguirre.

—Está bien Nachito, así lo haré —respondió con sorna Raúl, y preguntó: "¿Y con quién te tomas los domingos?"

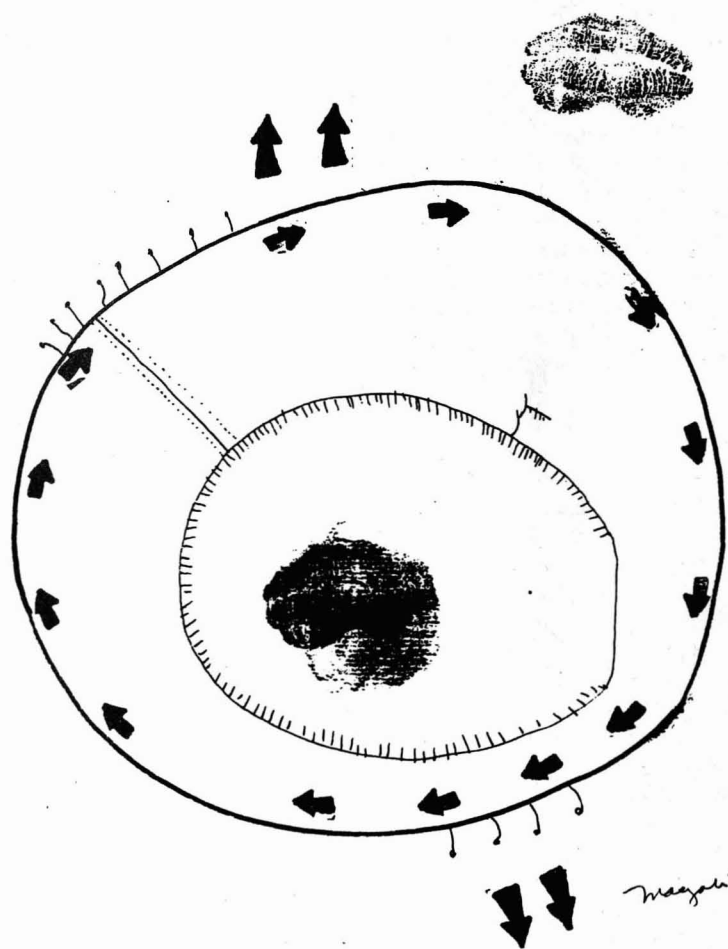
—Con el teniente coronel, con el teniente coronel Mendoza, con mi teniente coronel Mendoza—mientras iba diciendo estas palabras Ignacio Fernández Aguirre fue tomando una actitud muy marcial.

—No sé cómo, realmente, licenciado, no sé cómo ocurrió esto. Usted me debe creer en lo que le digo. Con mi actitud verá usted que esto no sucederá jamás. Yo creí que usted no se iba a enojar. Es cierto que son muchos, y se presentan una vez por mes. Razón tiene usted en repelar. Estoy consciente de que aunque sea una sola ocasión no todos se presentan el mismo día. ¿Cómo ponerse de acuerdo con ellos? Tampoco, créame usted que volverán los telefonazos. Es que los pobres muchachos me avisan de que por esto o por aquello no me pueden llevar la... Sí, eso es, para decirlo con palabras precisas, la moderada cuota que les cobro. No crea usted que es nada más para mí. Usted comprenda, yo tengo un grado simbólico. Claro que estoy en la reserva. El día que hubiera una guerra a mí sería de los primeros a quienes llamaran. Arriba de mí está el teniente, y arriba de él el teniente coronel. A ellos no les gusta tocar el dinero directamente, para eso estoy yo. El teniente es una persona a todo dar. Debo de confesarle que le debo más al teniente coronel. Todo esto principió cuando hice mi servicio. Son cosas que pasan en la milicia. Yo llevaba las listas y se las entregaba al teniente coronel, a mi teniente coronel Bonilla. Magnífica persona. Se les llevaba los sábados en la tarde, como a eso de las cinco. En su oficina solo, siempre solo. Platicaba decentemente con él, y me daba cuenta de que no tenía a nadie. Usted sabe, llaman por teléfono, se hacen citas. Mientras estaba con él: nada. El y yo solos, hablando él y yo, como estamos ahorita usted y yo, aunque aquí hay

gente, los meseros o como el otro día con Raúl. Sí, licenciado, Raúl como que se ríe de mí. Lo veo. Se ha de acordar la otra vez. Verdad que se acuerda. Yo no le digo nada, cada quien pasa por sus cosas. Cree usted que a un hombre como mi teniente coronel Bonilla se le puede rehusar cuando le invita a uno una copa de tequila. Debo decirle licenciado que me la tomé muy a gusto, platicada. Después, creo que al otro día de la primera copa de tequila, le fui a entregar la lista de las asistencias. Bueno, quiero que me entienda. Es la misma lista de asistencias, pero ocurría que el sábado le daba la lista, para que se presentara con ella al día siguiente. Enfrente de todos los conscriptos me la daba, y yo pasaba lista de asistencia. Comprenda que es un rasgo de confianza. Me sentía muy honrado, y en la tarde, poco después de terminar, como un acto de cortesía, nada más me acercaba y le decía: "Mi teniente coronel Bonilla aquí está la lista". "Dámela el sábado", respondía siempre. El muy tranquilo, peinándose, mientras los otros oficiales, sin peinarse y llenos de polvo, a toda prisa abandonaban el cuartel. Daba gusto ver la serenidad, el aplomo de mi teniente coronel Bonilla. Yo, licenciado, tampoco tenía prisa. Mi abuelita sabía bien adonde estaba, y ella siempre, según me ha dicho y me repite: "el ejército está para mantener el orden, la paz y la tranquilidad del país".

Y platicaba con el teniente coronel, con mi teniente coronel Bonilla de cosas de la milicia, de los conscriptos, y cada día me fue teniendo más confianza, y como usted supondrá yo también correspondí en igual forma. No crea que muchas copas, una, dos, y hasta tres, y hubo ocasión en que fueron más. Fíjese bien, licenciado, esa vez me tomé muchas, pero no crea que porque me gusta emborracharme. Tuve que quedarme con mi teniente coronel hasta que calculé que a mi abuelita la había rendido el sueño para que no me viera tomado. Ayudé a desvestir a mi teniente coronel Bonilla. Ya era tarde. Por las calles ni una persona. Mi abuelita ni me sintió. Y al día siguiente no me desperté para ir a la Prepa. Ya sabe usted cómo son las mujeres: que-a dónde fuiste-dime-que-no-has-tomado o-si-tomaste-prométeme-que-no-lo volverás-a-hacer. Licenciado con este ya son tres los caballitos de tequila que me tomo, y no son caballitos, son caballos de verdad, muy caracoleadores, alegres, y yo soy buen jinete. No crea que presumo, pero como le decía con mi teniente coronel Bonilla, me tomaba muy buenas copas, todos, todos los domingos. Mi abuelita como que se las olió: No-regreses-tan-tarde-, si-no-mañana-no-vas-a-levantarte-para-ir-a-la-escuela y fueron muchos los lunes que no fui en la mañana a la prepa. Me acuerdo mucho. Yo soy muy sentido, ¿verdad? o se dice ¿sentimental? Dígame usted. De veras. Y si no tiene inconveniente yo me tomaría otra copa. Que sea la penúltima. La última es la de antes de morir. Al contarle esto me ha hecho acordarme de mi teniente

coronel Bonilla. Creo que fue como un año en que no contaba con mis domingos: toda la tarde y toda la noche con mi teniente coronel Bonilla. Se ríe usted. Ya lo veo. Era preferible quedarme con él a que me dieran un mal golpe ahí por la Penal. Debo decirle que siempre que me quedé, sí, en honor de mi teniente coronel Bonilla, siempre me hizo levantarme muy temprano: antes de las seis. Y mi pobre abuelita ni cuenta se daba que había pasado la noche fuera de la casa. No es que haya hecho algo malo. Solamente acompañaba a mi teniente coronel Bonilla. No vaya a pensar en otras cosas. Mi teniente coronel Bonilla se preocupaba por mí. Unicamente las primeras veces tomábamos mucho. Así fue como me quedé a dormir con él. Ya se lo dije. Después, y usted sabe cómo me gusta la cerveza, nada más una o sin ella, y mi teniente coronel Bonilla me decía: "Nachito, vamos a dar la vuelta". Así fue como realmente conocí Guadalajara. Ibamos por aquí, por allá, por la barranca, a los nuevos fraccionamientos, a Chapala. Y un día



que fuimos allí en que se le pasaron las copas, no quiso venirse manejando. "Tú tienes toda la vida por delante, yo, yo,..." Y se quedaba pensando, medio triste. Créame, licenciado, yo lo respetaba. Me quedaba callado, sin moverme, sin hacer ruido, y a veces, porque usted no sabe, cómo iba a saber, mi teniente coronel Bonilla tenía su cara con muchas señas de viruela. ¿Cómo se dice? Si, cacarizo, bien cacarizo y muy moreno, y las lágrimas le brillaban como charquitos en las cicatrices, porque recostaba su cabeza en el asiento. No crea que tardaba mucho así. Como que no le gustaba que lo viera que se le escurrieran... Se las limpiaba y nos íbamos a otra parte. Nunca supe por qué lloraba...

Esta penúltima copa, licenciado, me la voy a chiquitear. Ojalá y no me sienta mal cuando me dé el aire. Es muy traicionero. Le decía licenciado que nos quedábamos en Chapala, porque muy aquí, ya en confianza, fueron muchas las veces: unas porque no quería venirse manejando para aquí a Guadalajara con toda esa cantidad de carros de los que regresan los domingos en la tarde. Usted ha visto los accidentes; otras porque nos tomábamos nuestras copas o solamente andábamos por la ribera del lago. Cuando llego a quedarme los domingos solo, después de que entrego las listas, me acuerdo que entonces era cuando realmente empezaba lo bueno. Como le diré había orden y desorden. Comíamos mucho y bebíamos más. Pero eso sí, licenciado, mi teniente coronel Bonilla así estuviera crudo, crudísimo, si es que nos quedábamos en Chapala a las cinco de la mañana se estaba despertando: "Andale-Nachito,-hay-que-llegar-antes-de-que-se-levante-tu-abuelita." Déjame-nada-más-un-ratito-mi-teniente-coronel. Debo de haberle dicho con esas palabras, así como de borrachito como estoy ahora. Déjeme-un-cachito-más-de-tiempo-, es-muy-temprano-. Y creará licenciado que no me dejaba. Ahí estaba parado, ya muy rasurado y me extendía la maquinita para que yo lo hiciera. Usted ha visto que a veces llego a la oficina sin hacerlo, pero entonces cómo iba a dejar de rasurarme. Y no está para saberlo: todo el regreso me dormía. Y mi teniente coronel no me despertaba. A media cuadra de mi casa se detenía. Yo me despeinaba un poco en el camino y él, sin yo pedirselo, me ofrecía su peine. A veces él me esperaba afuera de la Prepa. No decía nada, y nos íbamos a cenar. Esto que le digo es cierto, de veras, créamelo, raramente me quedaba con él. Sólo el día que se me pasaban las copas o yo, para no molestar a mi abuelita sabiendo de que tenía ganas de tomarme algunas inventaba que la mamá de alguno de mis compañeros había muerto o de que me iba a pasar la noche estudiando con un amigo para preparar algún examen. Bueno, licenciado, eso que le dije fue la pura verdad, y le pido como amigo que soy de usted que me lo crea: la semana antes de que se fuera no me dijo nada, pero todos los días a la salida de la Prepa ahí estaba, con su cara muy triste,



me parece ahora. Y la muchacha, mi chava, después se rete-encabronó. Y yo no le dije nada de que tenía un compromiso a mi teniente coronel Bonilla. Hicimos lo de siempre: cenar, tomarnos unas copas o unas cervezas bien frías por el Santuario. Yo lo supe después de la conscripteada. Al llevarle la lista me dijo: "Ya conoces al teniente coronel Mendoza. El se va a hacer cargo de hoy en adelante".

Yo licenciado, usted lo sabe, soy discreto. "A sus órdenes teniente coronel Mendoza." Mi teniente coronel Bonilla, como siempre, muy serio le dio las explicaciones necesarias a mi teniente coronel Mendoza. Usted sabe: de que soy de confianza, de que me encargo de las cuotas, de que soy honrado. Para qué lo canso. Y después mi teniente coronel Bonilla y yo nos fuimos a dar la vuelta, como si nada hubiera pasado. Ya con copas y ya muy noche le dije: "Mi teniente coronel Bonilla, bueno, ¿pues qué pasa?" Como si fuera la cosa más natural respondió: "Soy militar y me cambian a la frontera." Todavía dormí con él esa noche. Me obligó a que me levantara temprano. Ya le dije que toda esa última semana fue por mí todas las noches a la Prepa. La última vez que yo no sabía que lo era, me levanté temprano, tuve que rasurarme, Licenciado, y va usted a pensar de que soy un pendejo, pero así sucedió. Me dejó a media cuadra de la casa, como si nos fuéramos a ver esa noche. Salí de la Prepa. Uno se acostumbra, señor licenciado, a todo, y ya esperaba el coche amarillo, porque el coche del teniente coronel Bonilla era amarillo. Y no estaba. Los cuates me decían; "Vámonos Nachito. Vamos a las cervezas". Yo esperé hasta que apagaron las luces de la Prepa. Me sentí solo. Entonces me acordé de la chamaca, pero no la fui a ver. Al otro día sí lo hice. Ya le dije antes que estaba rete-encabronada, pero se contentó. Le prometí ir a verla todas las noches.

Llegué al cuartel el sábado a entregar mi lista al teniente coronel, pero ya no era mi teniente coronel Bonilla, sino el teniente coronel Mendoza. Y ya no estuvo más mi teniente coronel Bonilla. Y yo no sé, por eso le dije antes de que soy muy pendejo, a dónde lo mandaron, ¿a Tijuana? ¿a Reynosa, a Matamoros, a Piedras Negras? Y mi teniente coronel Bonilla se perdió en esa frontera tan grandota.

II. De campo y de ciudad

Le llaman camino vecinal. Por él sólo puede transitar un automóvil. Quizás tuvieron razón en no gastar más dinero y esfuerzos, pues raramente se encuentra a un carro. Hay polvo. Los barañes, de los que fueron hermosos girasoles están secos, a ambos lados del camino amén de otras muchas yerbas. Los campos sin ningún cultivo, una que otra caña que quedó de los rastrojos. A lo lejos, muy lejos los cañales con sus hermosos verdes, y más allá, como

si quisieran confundirse en la lejanía con los azules de los cerros, las mezcaleras con sus verde-azules. Hace sed. Manejo con precaución: hay muchos hoyos, y el camino con sus curvas no permite ninguna distracción. A mi lado Ignacio Fernández Aguirre: Nachito, como le decimos todos. El sol incompasivo lastima mis ojos desprotegidos de mis lentes, que por un descuido, dejé en la oficina. Tengo los labios resecos, sin pensarlo los remojo con mi lengua.

—¿A que no sabe licenciado en qué estoy pensando?

—Nachito, lo mismo que yo.

—¿Cómo haríamos para que después usted no me diga que me había leído el pensamiento? Párese usted y escribamos lo que pensábamos en un pape-lito.

—Nachito, déjelo así. No le rasque. Si me paro aquí, con este sol, me va a dar un ataque. Este calor de Marzo, este polvo, este camino. Le propongo otra cosa mejor. Si no se me poncha una llanta y llegamos a Tala, después de que paguemos en la oficina recaudadora de Hacienda, le voy a invitar una cerveza.

—¿Una?

—No quiero ser preciso.

—Sería capaz de tomarme seis, una tras otra.

—¿Está usted crudo?

—Licenciado, cómo va usted a creerlo. Lo que pasa es que los campos así de secos me ponen la carne de gallina.

Nuestra gestión en Tala fue rápida. Alrededor del zócalo había una serie de tejabanos mal hechos, y bajo ellos mesas y sillas.

—Licenciado, buena la hicimos: es la feria de Tala ¿no había oído hablar de ella? ¿Qué tal si nos quedamos? Vea usted los músicos están afinando sus instrumentos.

—Para tocarle a los perros. No veo a nadie.

—Ya verá usted cómo esto se compone. ¿Dónde nos sentamos?

La primera cerveza la tomamos casi en silencio, escuchando a la banda. Aparecieron primero algunos niños, se pararon frente al kiosko, después corrieron por los arriates y se fueron. Desganados, como arrastrando penas o fatigas de siglos, llegaron unos rancheros, cada uno por su lado, sin entusiasmo, atraídos por el ruido. Nachito me vio a los ojos. Vi su copa vacía. Ordené otras.

—Licenciado, cuando dije: "Estos campos me ponen la carne de gallina", usted subió las cejas ¿o no es cierto?, como si no me creyera, como si yo le dijera una mentira. ¿No es así?

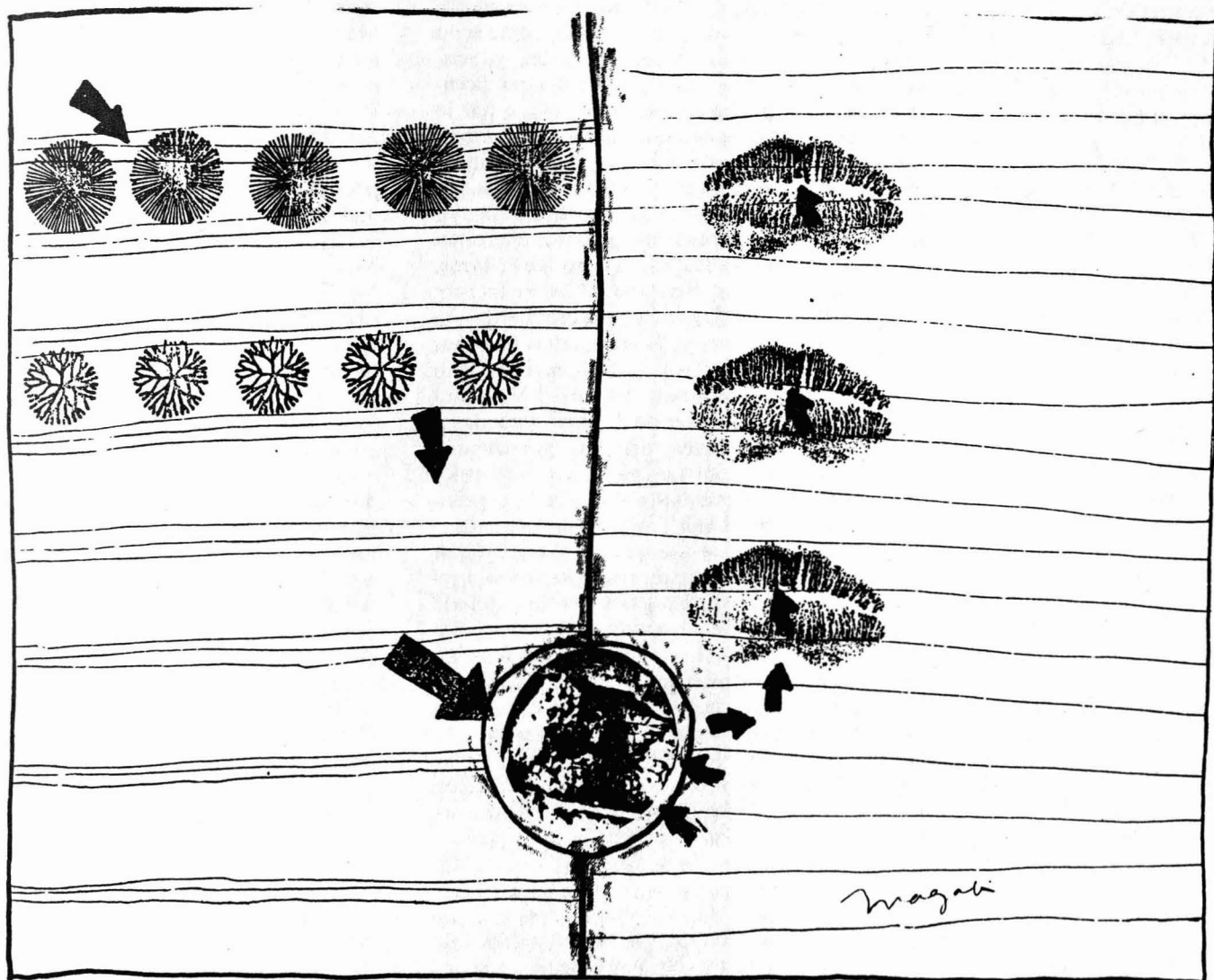
Usted sabe, si, si sabe, creo que le he contado que a mí me gusta mucho el fut, y como espectáculo nada me satisface tanto como las películas de Bruce Lee, el karateca chino. ¿A usted cuál le gusta más? Yo no tengo preferencias. Varias de sus películas las he visto como cinco o seis veces. Yo era del equipo de la Prepa. No vaya a creer que de Kung-

fu. Ahora creo que hay un club, pero cuando yo estaba allí, no había nada de eso. Me refiero al fut. No fui fundador. ¿Por qué iba a serlo? Ya existía el equipo. Usted sabe que en la Prepa no hay vehículos, como en las prepas particulares, para llevar a sus equipos. Usted conoce la movida: no falta algún contacto con los de la FEG y ahí estaba el camión. No muy bueno, ni tan cuidado como los de las prepas particulares. El lujo para qué se necesita. De tanto gusto de que iba a ir a jugar a las seis de la mañana ya estaba en pie, sin que mi abuelita me despertara. A las siete ya había desayunado y no sabía qué hacer. La cita en la Prepa era a las ocho. Todos sabíamos que el camión no partiría de la escuela sino a eso de las diez. Y mucho antes de las ocho me encontraba con otros semejantes a mí en el patio de la Prepa.

No faltaba un nervioso que declarara que tenía dudas de la certidumbre de que llegara el camión. "Alguna vez en que íbamos a ir a Cocula no vino el

camión, y esperamos en vano todo el día. Cómo nos dolió, perdimos por default." Y total, licenciado, que una vez metido en el camión, de cansado que estaba, me dormía. Y de repente alguien me tironeó. Ya íbamos a llegar a Santa María del Monte, o Santa María de la Cruz o Santa María del Tajo, o Santa María de las Flores, un pueblito como hay tantos aquí en Jalisco. Bajamos con las bocas secas. El atrio de la iglesia desierto. Desde los corrales se oía el ladrar de los perros, nada acostumbrados a nuestros gritos. En una tiendita nos tomamos unos refrescos y allí nos aseguraron que pronto vendrían a recibirnos. Los organizadores estaban en el campo.

Yo me estaba enojando con Melesio, dizque el representante de la FEG. Este no sabía hacer bien las cosas, como se dice bien. En una organización como ésa hay que estar demostrando que se es en todo momento, no nada más en las trompadas a la hora de las elecciones. ¿No lo cree licenciado? Le





decía que empecé a dudar de la habilidad de Melesio. Ya no teníamos sed, después de que nos tomamos unos refrescos tibios. Imagínese, licenciado, en un pueblito como ése unas cheves como éstas que nos estamos tomando. Y el polvo aquel, y el sol. Entonces apareció el hambre. En la tiendita a donde nos refugiamos, y que por cierto no cabíamos, sólo vi unas galletitas de esas de animalitos, unos alfajores, que tan sólo de verlos se me acabó la saliva. La cosa no andaba muy bien para Melesio. Algo pasó. Los vi a todos animados. Aníbal, un amigo con quien hablaba, me volvió la espalda. A codazos me acerqué a Melesio. Hablaba con un ranchero. Pronto supe que era el presidente del comisariado ejidal. Alguien gritó: "Tenemos hambre, tenemos hambre." Y a coro respondimos: "Mucha, mucha." El presidente del comisariado ejidal nos invitó a que lo siguiéramos. La casa donde nos condujo era grande, de esas de pueblo. En un corredor largo, a donde había varios montones de mazorcas de maíz, nos sentamos en ellos o a donde pudimos. Al rato aparecieron unos refrescos. El presidente del comisariado entraba y salía él solo, como si no hubiera mujeres, y sí había. Yo había ya vislumbrado una carita, bastante bonita mi licenciado, bastante bonita. No sé si por eso, o por lo mal servidos que íbamos a estar me acomedí a ayudar al presidente. Ya ve cómo es la gente de campo, medio recelosa. Apenas si me presentó con la que ha de haber sido su esposa, y a otras muchachas, y a la de la cara muy bonita, que tenía por cierto, un cuerpecito, y unos ojos. Todas enrollaban tacos. No crea que muchos. Nos han de haber tocado, cuando mucho de a cuatro por piocha. Lo que no faltaba eran los refrescos. Nos llenamos de aguas de colores, no como estas cheves, licenciado. Esto sí es vida. Nos quedamos en el corredor descansando. Yo me dormí. Cuando desperté algunos jugaban cartas. Las puertas de la casa que daban al corredor cerradas, como si desconfiaran de nosotros. Melesio no estaba ni el presidente del comisariado ejidal. No faltaba ninguno de nosotros... Afuera en el corral, de tanto sol, ni las gallinas se movían. Estaban acurrucadas debajo de un mezquite. Han de haber sido las tres y media, cuando mucho las cuatro. No sé bien qué hora sería. Entonces mi licenciado, no tenía dinero para tener un reloj, siquiera como éste, que no es como el suyo. Y si tuviera tampoco me compraría uno como el suyo, que ha de ser bueno, sino que compraría uno de esos modernísimos, que se les aprieta un botón y aparecen las cifras en colores. Usted sabe cómo son esos rancheros. Me imagino que así lo planearon. Han de haber sido las tres y media de la tarde.

Le dije a usted que cuando llegamos a Santa María de no sé qué, no había nadie. A la hora del partido vi mucha gente. Eso sí, todos con sus sombreros, y las mujeres con sombreros o cubriéndose la cabeza con sus rebozos. No nos fue bien en el primer tiempo. Apenas los adelantamos con un gol.

Estábamos rendidos. Ese Melesio, el representante de la FEG, apenas si nos animaba. Los de Santa María, como las gallinas de la casa del presidente del comisariado ejidal, se protegieron también debajo de un mezquite, en el descanso. Nosotros nos tomamos unos refrescos, que cada quien pagó, en la tiendita. Después aquellos rancheros, me imagino, y usted también lo creará, que por el sol, a que no estábamos acostumbrados, y mejor comidos y en su terreno, se subieron, se subieron tanto que nos ganaron 3 a 1. Y qué gritos los del público, a pesar del calor y del polvo. Melesio, que no jugó, parecía estar más jodido que nosotros. Uno se siente mal cuando pierde así, licenciado, y con éstos. Yo recogí mi ropita y ya me iba para el camión. Ya me bañaría en Guadalajara, aunque no me gusta andar así de sudado y lleno de polvo, estaba pegotioso. "¿Dónde van muchachos?", nos preguntó el presidente del comisariado ejidal, dirigiéndose a mí que iba adelante. "A Guadalajara, señor presidente." "No nos van a dejar con los gastos hechos. Hemos organizado una fiestecita para celebrar..." Me imagino que no hubiera habido la fiestecita si no nos hubieran ganado. Nos vio mugrosos. Con un gesto nos indicó que lo siguiéramos. Subimos, lo que podría llamarse una calle. Desde allí nos señaló unos juncos que debían estar a unos trescientos metros, y nos dijo que por allí había un nacimiento de agua, que no nos bañaríamos allí, sino más abajo, que nadie nos molestaría. Si le digo licenciado que todavía había más polvo en el camino hacia el nacimiento de agua que en el pueblo. El juncal era grande. El olor, cómo le diría, a como dicen que olía antiguamente Guadalajara, a barro nuevo, a tierra mojada. No hubiera necesitado habernos dado tantas instrucciones el presidente del comisariado ejidal. A donde nacía el agua había lodo y muchos juncos, en cambio corriente abajo, y eso de corriente es una exageración, apenas si era un arroyito, se encharcaba un poco, en una hondadura de rocas. No echamos mucho relajo, pues teníamos prisa para estar en la fiesta. Ya de regreso me di cuenta de que el sol estaba muy alto. La estrellota ya se dejaba ver. En el mismo lugar a donde habíamos jugado se habían reunido. En el centro una tarima, no muy grande. En dos mesas de madera había botellas, me imagino que de tequila, y muchos refrescos.

Todos los del pueblo estaban muy contentos. Obsequiosísimos. Yo, como siempre, pedí mi tequila con squirt. Y sí tenían la fiesta organizada. Los refrescos estaban fríos. A la segunda copa me olvidé de que habíamos perdido. No sé si a usted licenciado le pase, pero a mí las copas me animan. Los rancheros seguían hablando del juego, como si no hubiera otra cosa de que platicar. Yo empecé a ver a las muchachas, y todavía las vi con luz. Le conté de la hija del presidente del comisariado ejidal, por allí andaba. Usted sabe que soy discreto, muy discreto, con cualquier pretexto me retiré de

los rancheros. Me acerqué a la tarima que estaba en el centro de la plaza. Ya para entonces la luz eléctrica ya se veía. En ese momento comenzó la música. Primero oí los discos mediorallados. Apenas principió a bailar uno de los muchachos del pueblo, me agarré a la hija del presidente del comisariado ejidal. ¡Qué cuerpecito! Y fíjese licenciado solamente olía a jabón corriente, pero qué olor. Y bailamos muy pegadito. La muchacha se creció, me respondió pegándose. ¡Cómo me voy a olvidar de ese baile licenciado! Los rancheros aquellos emborrachándose. “Vamos”, le dije a Margarita, “vamos a tomar un refresco”. Luego de beberlo la tomé de la mano y la guié, para el único lugar que sabía, hacia el juncal. La muchacha a nada me decía que no. La besé, bueno para qué le cuento: le hice cosas, y en un barbecho, por eso le digo que se me pone la carne de gallina cuando veo uno, nos acostamos. Ahí empezó a poner algo de resistencia, en eso escuché un balazo y unos gritos: “¡Marga-

rita, Margarita!” Los gritos los reconocí como los del presidente del comisariado ejidal. Me levanté asustadísimo. Le ayudé, y créamelo licenciado, a bajarle la falda del vestido. La empujé hacia donde venían los gritos. A través del juncal vi las luces, que me supuse eran de ellos. Las luces se dividieron. Pensé en mi abuelita, en lo joven que era yo, en que no tenía escapatoria. Me iban a matar. Si me apartaba del juncal me atraparían, si me quedaba en él también. Arrastrándome me fui por el rastrojo, sin importarme las serpientes que les tengo tanto miedo, ni las espinas. Después le cuento cómo quedaron mis manos. Los gritos los escuchaba más cerca, y también los disparos. No sé a qué distancia del juncal, cuando ya no pude más, me incorporé un poco. Las luces y los gritos por el juncal. Me iban a alcanzar. Entonces, y yo creo que algún santo me ayudó, por intercesión de mi abuelita, vi un espantapájaros. Me paré detrás de él, y me encomendé a la virgen de Tala, a la de Guadalupe, a la de San Juan de los Lagos. Las voces se acercaban. Venían muy borrachos. Un disparo me pasó cerca de la cabeza. Entonces oí que alguien gritó: “No seas pendejo, es el espantapájaros”. Todavía dispararon hacia otros lugares. En ese momento me temblaron tanto las piernas que me caí junto con el espantapájaros.

El frío de la madrugada me debe haber despertado. Hacia el pueblo se veían las lucecitas de la plaza. Me dolían las manos, las rodillas, y cuando me paré me temblaban todavía las piernas. Me senté, y entonces me sacudí todo, de frío, de miedo. Y en el campo hay muchos ruidos que uno no se imagina, pensé que eran víboras o para consolarme tuzas. Mi primera intención fue acercarme al pueblo para tomar el camino hacia la carretera, pero deseché el proyecto, y a pesar del temor a las víboras, caminé a campo traviesa en dirección a donde yo creía que pasaba la carretera. Licenciado, los huevos en la garganta no me dejaban ni respirar. Del lado del pueblo se escuchaba el ladrar de los perros. No sé cuántas veces me caí, me espiné, subí cercas, atravesé rastrojos. Por fin a lo lejos, vi las luces de un carro rumbo al pueblo. Eso me dio ánimos. Al llegar a la carretera me volvieron a temblar las piernas de sólo pensar que si pedía un aventón y si en el coche o camión venía alguien del pueblo me iban a matar. Me senté al borde de la carretera. Ya empezaba a clarear y hacía frío. Dejé pasar tres camiones. Pensé en mi abuelita que me estaría esperando e hice la parada, con los huevos en las narices. Era un camión lechero. Me subí en la parte de atrás con los tambos de leche. Me toqué la cara y estaba llena de tierra, de briznas de paja. Las orejas igual, y para qué le digo de el pelo. Me bajé en las afueras de Guadalajara. Ningún taxi me quería llevar. Mi abuelita al verme me dijo: “Nachito, Nachito ¿qué te pasó” Y hasta ahora licenciado no le he contestado su pregunta.

